



LAS RUINAS DE ABADES

Los recuerdos dormidos

Ana Santana

LAS RUINAS DE ABADES
Los recuerdos dormidos



Primera edición: diciembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Santana

© Dibujo de portada: Roberto Felipe Gulian Márquez

ISBN: 978-84-19595-24-9

ISBN digital: 978-84-19595-25-6

Depósito legal: M-28941-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi abuela Nieves por demostrarme que la mayor
riqueza es la cultura. A Janine por enseñarme a soñar y
recordarme día a día quién era yo.
Al pueblo de los Abriguitos en Abades por vivir allí los
mejores años de mi vida.*

ÍNDICE

1. Fortunios e infortunios	13
2. Panegírico	31
3. Un gran error.....	45
4. Mentiras piadosas.....	49
5. Culpa.....	57
6. El León.....	65
7. El novato detective Carlos.....	71
8. El que busca encuentra	79
9. Lo que se empieza se acaba.....	85
10. La perfección lleva su tiempo	95
11. Expediente X-07248	103
12. El toque de gracia	113
13. Revelaciones	119
14. Volviendo atrás.....	125
15. El cadáver de Esther Brito	129
16. Todo en su lugar	143
17. La reunión.....	149
18. El amor y otras cosas rotas	161
19. Sospechoso número uno	169
20. Réquiem Dies irae.....	177
21. La última noche.....	193
22. El crimen perfecto.....	211
23. Venganza	221
24. Preludio	231

Lo que de los hombres se dice, verdadero o falso, ocupa tanto lugar en su destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen.

VÍCTOR HUGO, *Los miserables*

1. Fortunios e infortunios

(Si hay una ley no escrita en la vida que halle más verdad en sí misma que cualquier otra es que la tranquilidad no es eterna. Sin embargo, cree el necio que ocultando el problema este desaparecerá)

Agosto de 1981

El mechero se enciende y se vuelve a apagar. Observa el color de la llama hipnotizado por tal belleza, prende su cigarrillo y continúa observando. Su momento favorito es cuando salta la chispa y surge la llama. Puede ser un mechero, una cerilla, la cocinilla de gas o simplemente cuando el fuego entra en contacto con la gasolina y todo se enciende. El olor a combustible y a madera quemada lo excita, siente la necesidad de tocarse y alcanzar el máximo placer. Es feliz, aunque en poco tiempo tendrá que fingir que todo su mundo se ha reducido a cenizas. Él tiene la culpa, él lo ha obligado a hacerlo y él pagará las consecuencias...

Apunto estaba de despertar el sol, y aún ardían los restos en la tierra. El humo hacía que el aire pareciera más espeso y cargado. Como una fría niebla londinense, pero esta, desprendía calor y olor a muerte. Hacía ya horas que los bomberos trabajaban a destajo contra el incendio, incluso parte del pueblo colaboró en sofocar las llamas. Cargaban garrafas, cubos de agua y los lanzaban contra la cabaña. Alguna señora utilizó hasta los calderos llenos de agua

salada recién cogida de la orilla. Todos conocían a la familia que allí perecía. Las llamas los sorprendieron mientras dormían... Una madre y dos niños que jamás volverían a ver el amanecer.

A pesar de la multitud que, agotada, se arremolinaba en torno a los restos de aquella tragedia, reinaba un silencio estremecedor. Las mentes más sensibles lloraban la pérdida, los más cobardes miraban a hurtadillas y sus mentes permanecían en shock, sin el más mínimo atisbo de pensamiento. Los más previsivos, pensaban en el momento en que llegara aquel padre de familia de su turno de noche en el aeropuerto del sur. ¿Cómo explicar lo que había pasado? Y allí, en el suelo de rodillas, con lágrimas en los ojos y solo unas palabras en sus labios ancianos y cansados, don Juan, el abuelo paterno de los niños. Nadie sabía lo que decía, apenas movía los labios, murmurando muy bajito.

Los bomberos se acercaron al sargento de Guardia Civil para hablar sobre las causas del incendio.

—¿Sabéis cómo ha sucedido?

El bombero se quitó el casco y los guantes... Con el rostro manchado, sudoroso y sin aliento, contestó:

—No ha sido un accidente —sacudió la cabeza—. Ha sido provocado..., estaba todo organizado. Hay gasolina por toda la cabaña y hemos encontrado restos de pólvora que corresponden a varias mechas incendiarias, el rastro nos lleva hasta el exterior, lo que indica que el fuego empezó fuera —coge una bocanada de aire—. Pudo haber sido cualquiera.

—Hablaré con el abuelo, fue él quien dio el aviso. Lo raro es que cuando llegamos él ya estaba aquí en ese estado catatónico en el que se encuentra... No se ha movido ni un milímetro, solo mueve los labios susurrando algo.

El guardia civil se acercó despacio a Don Juan. Intentó escuchar lo que decía, así que se inclinó hacia él. «El fuego, el fuego..., fui yo, fui yo... El fuego, el fuego...». Al guardia civil se le heló la sangre al escuchar aquel susurro. Su cabeza iba a mil por hora y en un segundo lo relacionó todo. Él había dado el aviso, él ya estaba

allí y ahora estaba confesando su crimen.

Redujo a don Juan, colocándole las esposas sin que este pusiera resistencia. Seguía con la mirada en la nada, susurrando lo mismo una y otra vez.

Miguel llegó 30 minutos más tarde, intentaron detenerlo cuando comenzó a golpear a su padre. Gritaba y lloraba mientras le pegaba una y otra vez, llamándolo asesino. El dolor era palpable, desgarrador... Y allí, en medio de todo, alguien pensó que aquel momento era algo que el pueblo tenía que olvidar, y cuanto antes lo hicieran mejor.

Junio de 1990

Sobre una colina en Abades Villa de Arico se encuentra majestuosa la iglesia en ruinas de la leprosería de Abades. Un pueblo abandonado, donde se suponía que irían a parar los leprosos de la isla de Tenerife tras la posguerra. Mandado a construir por el régimen franquista, ya que el temor al contagio de la enfermedad era palpable. La isla contaba con un total de 197 afectados por la enfermedad y creían que la solución era el aislamiento.

Sobre los años 40 la medicina avanzó con respecto a esta enfermedad, dejando la leprosería inacabada y jamás usada para el fin por el que se había construido. Algunos años más tarde, sobre los años 60, se empleó como campamento de falanges para todos los titulados de magisterio y, poco después, se convertiría en el lugar idóneo para prácticas de tiro militar. Se aseguró toda la zona con carteles que rezaban ZONA MILITAR. Estaba prohibido el paso a cualquier persona no autorizada. La valla llegaba hasta dos de las mejores playas de este tranquilo pueblo vacacional, la que llamaban la playa Grande, accesible desde el pueblo, y la playa de los Soldados. Para llegar a esta había que pasar por un sendero que lindaba con el cercado. Con los años, este comenzó a corroerse sin que nadie prestara mucha atención.

Cierto día de 1981, a alguien se le ocurrió que el mejor sitio donde esconder un secreto era en aquel lugar. Así que, una noche de luna nueva, en algún punto de la leprosería, enterró algo que pensó que nunca nadie conseguiría encontrar.

Una calurosa mañana de junio, unos niños felices y de vacaciones, dispuestos a emprender cualquier aventura veraniega, sin saber que esta podría cambiar sus vidas para siempre, toman la peor decisión de sus vidas.

Sería fácil pensar que una niña de cinco años piense en la idea del amor. Disney las programa para ello, pero no era el caso de esta niña particular. Sus pensamientos eran simples y sencillos. Amaba el mar y sentir el calor de la arena bajo sus pies. No le gustaban las muñecas, prefería hacer trastadas y buscar tesoros escondidos entre las rocas. Su arma, una cuchara que siempre llevaba atrapada en la braga de su bikini, y su compañero de fechorías apenas un año mayor que ella. Sin embargo, él la miraba de otra forma. Su cabello rubio al viento le parecía lo más hermoso del mundo o esa risa pilla y contagiosa que salía de entre sus labios. Disney había hecho mella en él.

La niña era muy temperamental y él se limitaba a seguirla y protegerla. Si se caía él la recogía del suelo, si se hacía daño y lloraba él secaba sus lágrimas. Siempre estaba ahí. A menudo sus padres bromeaban sobre el comportamiento de los niños. Las dos madres admiraban la forma en la que él giraba en torno a ella, como si esta fuera el sol y él hubiese quedado atrapado en su órbita.

—Quiero ir allí.

—Ahí no se puede entrar, hay una valla y mi padre me ha dicho que disparan a la gente si entran.

—Pero nosotros no somos gente, somos niños. A los niños nadie les dispara.

—Si mi padre se entera me va a castigar todo el verano.

—Pues voy sola.

—No..., espera... —se adentraron por uno de los huecos.

Los dos sentían miedo. Ella era muy orgullosa para reconocerlo

y él se negaba a que lo viera como un cobarde, así que juntos entraron a la leprosería. Borearon la colina, escondiéndose entre los pequeños arbustos hasta llegar a un lateral de la iglesia. Tétrica y desgastada, como el susurro que se funde en el aire de lo que podía haber sido algo hermoso, tan corroída y rota, como la mirada de una anciana en el fin de sus días. Moribunda, así era la estampa de aquella edificación. Casi resultaba grotesco ver a dos niños, con sus colores alegres, adentrarse en aquel lugar que parecía maldito.

Una semana después...

El pequeño Alex apenas podía sostener su propio cuerpo. Estaba magullado, sudoroso y lleno de tierra. Su visión se teñía de rojo, por culpa de una brecha encima de su ceja izquierda que no paraba de sangrar. Aun así, seguía caminando con ella a cuestas. La niña yacía tendida sobre su espalda. El sonido amortiguado de sus sandalias al pisar la tierra se mezclaba con sus sollozos. En cuanto encontró la primera cabaña de la playa de la Virgen, gritó con fuerza.

—¡Papá, papá! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Ayúdenme! —su cuerpo cedió, cayó al suelo de rodillas, se desplomó hacia delante y dejando caer a la niña encima de él.

Los vecinos que lo escucharon corrieron hacia ellos para auxiliarlos. Ahora ambos estaban inconscientes. La gente gritaba, se movía muy rápido. En un instante estaban ambos tendidos en la parte trasera de una furgoneta de camino a la cruz roja más cercana. Esa fue la última vez que aquellos niños se vieron.

2015

Carla

Otra vez en el mismo lugar. Bajo el mismo cielo encapotado, tenebroso. Las nubes se funden con el mar y apenas se distingue dónde está el límite. Observo como el agua, rabiosa, golpea las rocas sin piedad. La espuma de las olas acaricia la orilla. Comienza a llover y aunque sé que me estoy mojando no quiero irme. Hay algo que tengo que ver, algo que se me escapa del paisaje. Me cuesta enfocar la vista y siento que me desvanezco. Tengo sueño, mucho sueño. Me pesa el cuerpo..., los ojos... ¿y el alma? Mi alma cae.

Hay algo borroso de color azul en la orilla. Me esfuerzo por verlo, pero mi vista no se centra. El rugido del mar me distrae por un momento. Instintivamente miro hacia el estruendo. Una ola gigantesca se dirige a la playa. Yo estoy a salvo. ¿Pero y esa cosa azul? Se la llevará el mar. Vuelvo a mirar hacia la orilla y la veo... está de pie, con un vestido azul de verano y sus sandalias blancas. La brisa hace que su pelo rubio, largo, baile suave y libre. Recuerdo la amenaza que se acerca inminente hacia ella e intento chillar con todas mis fuerzas, pero no emito sonido alguno. Tampoco puedo moverme.

¿Por qué no se aleja? La niña sigue ahí, a pie de playa, inocente, serena. Observando sin miedo como el caos se desata ante sus ojos infantiles. Afrontando el cruel destino. Yo intento protegerla pero no puedo, solo miro. Y en ese instante la reconozco, sé quién es. Ella..., ella..., ella soy yo.

—Ese sueño se repite con mucha frecuencia. Es posible que sea parte de un recuerdo o simplemente refleja la inseguridad que te provoca no recordar tu infancia

—Esta vez ha sido diferente, doctora.

—¿Qué diferencia encuentras?

—Que no termina ahí... —la doctora, Lucía Rojas, levanta la vista de su cuaderno de notas y me mira sorprendida por encima de sus gafas—. Siempre despierto en ese punto, pero esta vez el sueño cambia de escena. Como en una obra de teatro se baja el telón y cuando vuelve a subir ya no es lo mismo

—¿Y qué ocurre en esta parte del sueño?

—Hace mucho calor, y el sol me deslumbra. Todo se ve más brillante y nítido. Estoy frente a una casa en ruinas, parece que se quemó. Sé que continúo en Abades, pero no reconozco esa casa. No debería estar ahí. Me siento cómoda y tranquila. Hay alguien a mi lado. Es un señor mayor de pelo blanco y liso. Su ropa también es blanca y me deslumbra. Su rostro moreno, envejecido y unos ojos inmensamente azules. Él no me mira a mí, solo mira hacia el frente con dolor. Levanta el brazo izquierdo señalando a la casa parece que va a decir algo y sé que es importante pero entonces me despierto.

—¿Ese hombre lo has visto alguna vez?

—Pues teniendo en cuenta que no recuerdo nada anterior a mis seis años..., no siento que estemos avanzando nada. No consigo recordar y siento un vacío enorme en mí, como si algo importante estuviera en ese lapso de tiempo —estoy perdiendo el tiempo otra vez—. ¿Qué opinas de la hipnosis?

—Bueno, muchos terapeutas la utilizan... Pero en tu caso me preocupa que te haga más mal que bien —observa mi decepción—. Tu familia no te cuenta nada de esa etapa de tu vida, y no me malinterpretes, no es que me parezca bien. Pero si quiero que entiendas, puede que ocurriera algo muy grave en tu vida y no sé si psicológicamente estás preparada para descubrirlo de una forma tan radical. Como último remedio podríamos probar, pero es algo que debes meditar mucho. Es muy probable que lo que descubras no te guste.

—Creo que ya es hora de irme —me levanto malhumorada.

—Carla, sé que puede ser desesperante todo este proceso, pero... —la interrumpí.

—Perdona, pero no tienes ni idea de lo desesperante que es. Llevo metida en esta consulta desde que tengo uso de razón y no avanzo absolutamente nada, así que disculpa si me desespero.

Salí lo más rápido que pude de allí. Necesitaba aire. Caminé decepcionada hasta mi coche y en cuanto entre en él, golpeé el volante con rabia. Mi vida no era normal. A lo mejor tenía que centrarme en seguir adelante, pero era tan difícil. No confiaba en nadie, ni en mi familia. La única persona que conseguía inspirarme algo de seguridad era Carlos, mi mejor amigo. Marqué su número en mi móvil.

—Hola, nena. ¿Ya has salido del loquero? —no podía casi ni hablar—. ¿Otra vez llorando?... Mira, Carla, creo que esas consultas no te sientan nada bien, siempre sales llorando y ni siquiera sé por qué motivo vas.

—Sé que habías quedado con un chico. Pero la verdad es que te necesito..., necesito contarlo todo.

—Tranquila, ese imbécil me plantó otra vez y, aunque hubiese venido, primero está mi chica. Sabes que te escucharé.

—Voy para tu casa, ¿vale?

Nunca le había contado a nadie que no fuera un psicólogo lo que me pasaba. Mi familia eludía el tema como si no tuviese importancia. Quizás no la tenía y yo siempre le daba un tono dramático a todo, de ahí a que estudiara literatura. Le conté detalladamente a Carlos mi problema. Aunque tampoco había mucho que contar. Todo se reducía a mi infancia, la falta de recuerdos y a ese vacío como si hubiesen arrancado una parte de mi cuerpo que no sabía ni que tenía. Las mentiras de mis padres que al descubrirlas fueron como dardos. Me sentía manipulada.

—Bueno, nena, piensa que hay gente que no recuerda su infancia simplemente porque se olvidan... Lo de que tus padres no quieran que pises Abades sí es un poco extraño, ¡vamos! Es un pueblo, no un *after*. Pero a lo mejor ocurrió algo doloroso de lo que

te quieren proteger. No se... la muerte de un familiar, un accidente. A lo mejor tu padre le puso los cuernos a tu madre con alguien de ahí o al revés y han querido olvidarlo y seguir con sus vidas.

—¿Siempre tienes que meterle a todo un drama erótico-festivo?

—Bueno, como género literario no está mal, y al menos te he hecho reír —ríe a carcajadas—. ¿Sabes lo que deberíamos hacer? —esa mirada pícaro me daba miedo.

—Sorpréndeme.

—Deberíamos ir a ese pueblo. Es más, deberíamos investigar sobre ese pueblo.

—Yo suelo ir, me gusta la montaña. A veces paseo por allí y me olvido del mundo.

—¿Y no te recuerda nada?

—Es diferente a las fotos que tengo... Antes había cabañas de madera y chapa desgastadas por el salitre, todas de colores distintos. Ahora allí solo queda un desierto. Pero hay una zona que no me gusta, así que, siempre voy a la montaña.

—¿Qué zona no te gusta? —preguntó curioso.

—La leprosería. Me da pánico hasta mirarla. Es un pueblo tétrico y abandonado —me salió una risilla—. De verdad ahí podrían rodar una peli de terror.

—Es esa iglesia abandonada que se ve desde la autopista, ¿no?

—Sí, es exactamente esa.

—¿Y si te pasó algo allí? Por eso te da miedo.

—Imposible, era zona militar, nadie podía entrar. Me hubiesen metido un tiro.

—A lo mejor te lo metieron, ¿no tienes ninguna cicatriz rara que no recuerdes?

—¡Venga ya, Sherlock! —me reí—. La única cicatriz que no recuerdo es la de la espalda y es una quemadura, mi madre dice que me la hice en la cocina de pequeña.

—Bueno, yo creo que deberíamos ir a Abades... Yo iré contigo, a lo mejor sacamos algo en claro —me quedé en silencio observando su cara fascinada.

¿Podía hacerlo? La verdad es que me daba mucho miedo la leprosería, pero estaba agotada, necesitaba resolver todo esto de una vez. Quizás todo era una tontería, quizás tenía mucha imaginación y me había montado una peli sobre mi vida donde reinaba el drama cuando todo era de lo más común. Pero la única forma de saberlo era descubriendo toda la verdad.

—Vale, iremos —su cara de pronto se transformó, parecía inquieto—. ¿Qué?, ¿ya te arrepentiste?

—¿De verdad había leprosos allí? —dijo algo asustado.

—¡No, hombre! —me eché a reír—. Se encontró un remedio antes de que terminaran de construir la leprosería.

—Veo que has hecho los deberes, Watson —añadió con un guiño.

Alex

Me pregunté continuamente qué hacía aquí. Llevaba unas semanas en la isla y no me había atrevido ni a decirle un simple «hola». Ella no me había visto, si lo hubiera hecho la Policía ya me habría detenido. Me sentía como un vulgar mirón, observándola desde lejos. ¿Dónde toca hoy? Entre semana es más simple. Trabajo, casa de sus padres, psicóloga o ese amiguito suyo, ¿dónde irá hoy?

Mantengo mi coche en la esquina de su calle, tres coches más adelante se encuentra estacionado el de ella.

A las 8:30 aparece el coche de ese amiguito suyo. El tipo tiene buena planta aunque tiene un estilo de vestir muy particular. Esos mocasines de junior me dan ganas de vomitar. Siempre viste como si fuera a un club náutico.

La veo salir junto a él. Parece nerviosa, y el tipo en sí no está muy alegre que digamos. Suben al coche de él. ¡Audi deportivo! «Fantasma».

Los sigo discretamente...

Cuarenta y cinco minutos después, cogen el desvío de la autopista hacia el Porís de Abona. Ya sé a dónde van. Pero ¿cómo?

¿Realmente van allí? ¿A ese lugar maldito? No puedo seguirlos por ese camino, se darían cuenta. Debo entrar por Abades.

El pueblo había crecido. Las casas blancas de puertas verdes y tejados rojos casi llegaban a la autopista, parecía otro lugar diferente. A la izquierda se encontraba el camino de tierra que da acceso a los coches hacia la leprosería. Pero yo no pretendía ir por allí. Los esperaba en la iglesia, en aquella ventana donde una vez observamos nuestro mar, nuestra arena, nuestra vida. Aparqué el coche frente al bar Amazonas. Curiosamente ese local había sobrevivido mejor que nosotros. Se mantenía intacto, sus dueños seguían siendo los mismos. Aún recuerdo cuando tenían un auto bar, al que yo iba con mi bici todas las mañanas a comprar pan y cigarros para mi padre. No pude evitar sonreír.

Mi vestimenta no era la más adecuada para atravesar la playa, zapatos náuticos, pantalón caqui y un polo negro. Mientras atravesaba la playa, las pocas personas que disfrutaban del mar a aquellas horas me miraban extrañadas... Parecía un pato mareado fuera del agua. Igualmente no me importó, continué caminando y entré en la leprosería por el mismo lugar donde hacía ya veinticinco años que había entrado por primera vez. Esta vez no tenía miedo, quizás algo de nerviosismo y dudas. A lo mejor no iban a la leprosería, quizás solo estaban en algún bar de playa comiendo camarones y unas cañas. No importaba, volvía a estar allí, en aquel maldito lugar. Los recuerdos se agolpaban en mi mente. Su cuerpo pequeño escondido tras los arbustos con esa mirada pilla invitándome a seguirla. Sus dedos diminutos con aquella caja entre las manos, el hierro al rojo vivo fundiendo la piel de su espalda. Ese recuerdo me hizo jadear, como si me faltara el aire. ¡Alex, céntrate!

Entré en la iglesia y allí no había nadie. Estaba aún más abandonada que en aquella época. En el altar, restos de palomas y animales calcinados rodeados de velas gastadas, presidían la estancia. El mal siempre había estado ahí, supongo que el imbécil que hizo ese ritual no lo sabía. Caminé hacia aquel ventanal sin cristal, igual de derruido, con aquella vista que se me antojaba más triste que

nunca. Solo casas blancas pintaban Abades. Los Abriguitos había desaparecido... Aquellas cabañas pintorescas, el ruido de las risas infantiles, el sonido de alguna guitarra melancólica. Todo había terminado. Volví a pensar que todo esto no tenía sentido, ¿qué hacía aquí? Y en ese preciso momento la escuché...

—Carlos, no puede ser que tú tengas más miedo que yo —recordaba su tono de voz cuando se obstinaba y cómo se esforzaba por pronunciar perfectamente cada palabra—. La verdad que este lugar sí que da repelús, nunca había estado aquí dentro.

—Bien, ya lo hemos visto, ya nos podemos ir —valiente hombre—. La verdad que para unas fotos siniestras sería el escenario perfecto, debería haber traído mi cámara.

—Sí, claro, imagina que te sale un fantasma cuando reveles las fotos —ella rio—. Me encantaría ver cómo te da un infarto.

—¡Carla...! —se hizo un silencio y deduje que intuían que con ellos había alguien más..., yo.

No escuchaba ni sus pisadas, ni una palabra más, así que decidí que era el momento de salir. Debía hacerlo con cuidado, no quería que murieran del susto.

—Hola —dije como si nada, ellos dos se abrazaron y me miraron como si fuera un sicario—. ¿Qué hacen aquí? —los miré extrañado, intentando mostrarme desenfadado.

—Sé kung-fu —dijo él y yo me eché a reír a carcajadas.

—¿Quién es usted?, ¿y qué hace aquí? —ella se notaba muy nerviosa, le temblaba la voz y sus manos apretaban el brazo de aquel chico hasta casi cortarle la circulación.

—Tranquila, señorita, no pretendía asustarlos. Me habían hablado de este lugar y quise venir a investigarlo. Mi nombre es Alex, mucho gusto —extendí mi mano hacia ellos, y ninguno de los dos se movió ni un milímetro.

—¿Ha dicho investigar? —preguntó más serena—. ¿Qué investiga?

—La historia de este lugar, me parece un sitio muy interesante, un poco sucio pero interesante. ¿Y ustedes qué hacen aquí?

—Hacemos el tonto, es que cuando uno tiene una amiga como ella se mete en puros problemas nada más —Carla lo fulminó con la mirada.

—Bueno, la idea era aventurarnos a ver qué veíamos por aquí. Pero no buscábamos nada en concreto —le sonreí y algo en su mirada cambió—. Mi nombre es Carla —extendió la mano hacia mí y la agarré con fuerza. Sentí que me estremecía a su contacto. Era mejor que mi recuerdo.

—Encantado, Carla. ¿Y su novio se llama...? —el chico estalló a reír.

—¿Novio? No, mi amor, yo estoy solterito y sin compromiso —añadió un tanto irónico.

—Carlos, no seas tan grosero —le regañó.

—Carlos, encantado, yo soy Alex.

—Encantadísimo. No sabes cuánto me alegro de que no seas un *psycho killer*. Y cuéntame, Alex, ¿de dónde eres? Porque tienes un acento como raro, ¿no?

—Bueno, yo nací aquí en Tenerife, pero llevo muchos años viviendo en Madrid.

—¿Y qué has descubierto sobre este lugar? —preguntó Carla ansiosa.

—Algunas cosas, como que aquí nunca hubo un leproso, que lo construyó el arquitecto Marrero Regalado, el mismo de la Basílica de Candelaria y el Mercado de Nuestra Señora de África y poco más.

—¿Solo eso?

—Sí por eso quería venir aquí y que alguien del pueblo me contara algo más...

—Aquí la gente sabe mucho y habla poco —dijo con pesimismo.

Caminó despacio por la iglesia mientras Carlos parlotaba. Yo no podía dejar de mirarla. Intenté prestar atención a Carlos. De pronto ella se detuvo en el habitáculo donde estaba nuestra ventana. Carlos quedó en silencio observándola como yo. Ella no se

movía. Intenté hablar y Carlos me detuvo tocándome el brazo y mirándola.

Carla

Comencé a caminar por la iglesia y el sonido de mis pisadas me distrajo de lo que estaban hablando. El color de aquel suelo de tierra que pisaba me resultó muy familiar. Al mirar mis pies, no vi mis zapatos sino unas cholas de playa color turquesa y, sin saber por qué, comencé a seguir una dirección. Me paré en el umbral, y observé la ventana como si estuviera en un sueño. Allí asomado había algo que parecía un niño, pero no conseguía enfocar. Escuchaba algo como una canción, pero tampoco la distinguía bien. Y tras varios minutos, ensoñada entre recuerdos poco confiables, lo vi. Mis manos pequeñas escarbaban el suelo y de ahí sacaba una caja. Sin pensarlo dos veces, escarbé en el mismo punto como una loca. Carlos intentó detenerme, me preguntaba qué hacía. Sin embargo, ese hombre se quedó parado frente a mí observándome.

—¡Carla, qué te pasa! ¿Por qué parece un perro escarbando en el suelo? —me agarraba las manos—. ¡Estás loca! No ves que te estás destrozando las manos. ¿Qué estás haciendo?

—Está buscando algo —dijo él a mi lado. Yo alcé la vista y lo miré—. ¿Recuerdas lo que estás buscando?

—¿Me preguntas si lo recuerdo?

—Si sabes... Quiero decir..., si sabes —su mirada intensa me era tan familiar—. Te has hecho daño.

—Aquí debería haber una caja —me miró sorprendido con los ojos muy abiertos, empecé a escuchar un pitido y todo a mi alrededor se puso borroso.

Desperté fuera de la iglesia. Estaba acomodada en el pecho de ese desconocido. Su pelo negro estaba mojado y empecé a notar que mi cara también lo estaba

—¡Me habéis empapado de arriba abajo! —intenté incorporarme furiosa y desorientada.

—Nena, te desmayaste, entré en pánico... Quería llamar a una ambulancia, pero Alex sugirió que te sacáramos y te echáramos un poco de agua —se echó las manos a la boca intentando esconder esa risa nerviosa—. Creo que se me fue un poco la mano con el agua —volvió a tapar su boca sofocando una carcajada.

—¿Tú crees? —miré a Alex, que no sé por qué motivo no me soltaba. ¡Oh, Dios! y yo con estas pintas.

—¿Te encuentras mejor? —parecía preocupado.

—Sí, gracias.

Me ayudó a incorporarme. Carlos no paraba de hablar y reírse, no lo podía culpar, sé que cuando se pone muy nervioso le da por reír. Caminamos hasta el pueblo sin mencionar lo sucedido. Me sentía avergonzada. Este chico pensaría que estoy trastornada, y lo peor de todo es que probablemente lo estaba. Me preguntó si vivía allí y como había ido a parar en esa iglesia. No le conté que soy una pirada que no recuerda la mitad de su vida y hace excursiones siniestras para poner orden en su cabeza. Esa versión era demencial, así que opté por una versión adaptada para gente que no estuviera tan tarada como yo.

—Pues acabamos aquí por simple curiosidad, siempre vemos la iglesia desde la autopista y Carlos me retó, dijo que no sería capaz de entrar —su mirada me decía que sabía que le estaba mintiendo y cuando curvó sus labios a modo de sonrisilla estuve segura que lo sabía.

—Espero que no escarbes siempre en el suelo de cada lugar nuevo que conoces —me paré en seco, ¡este tipo era un imbécil!

—¿Perdona, qué acabas de decir? —su semblante cambió, ahora estaba sorprendido—. ¿Crees que estoy loca o que tengo complejo de perro?

—No, ni lo uno ni lo otro. Pero no sé qué es lo que te pasó ahí dentro —tenía que inventarme algo y rápido.

—Epilepsia..., a veces sufro epilepsia..., me desmayo y seguro estaba escarbando por eso.

—Entonces quizás deberíamos llevarte al médico —Carlos nos miraba como en un partido de tenis.

—No, tranquilo, siempre me pasa, es normal, espero no haberte asustado —bajé la cabeza. Ahora me había convertido en una mentirosa compulsiva.

Llegamos al pueblo y nos sentamos en una terraza, Carlos pidió una cerveza y yo una copa de vino blanco, Alex quiso acompañarme con el vino, en cuanto pude me disculpé y bajé al servicio. Necesitaba ver cómo había quedado mi cara después de que Carlos quisiera bañarme.

Alex

Carlos y yo nos quedamos solos, por su forma de hablar deduje que era gay, lo cual hizo que me cayera muchísimo mejor.

—¿Y qué te ha traído de nuevo por la isla, Alex? ¿Tienes familia aquí?

—La verdad es que desde que murió mi abuela no tengo ningún familiar aquí en Tenerife, mis tíos y mis primos viven en Lanzarote.

—¿Entonces qué te trajo hasta aquí? ¿Recordar la infancia?

Flashback

Ella estaba entre las rocas, con su bikini rojo y los rizos rubios acariciando su espalda. Me gustaba mirarla cuando estaba distraída. Sus hombros se movían agitadamente, así que entendí que estaba llorando. «No, ella no debe llorar, ella nunca debe llorar», me dije a mí mismo. Corrí hacia ella y cuando llegué limpié con mis dedos llenos de arena las lágrimas que caían por sus mejillas. Su pala de playa se había roto y pensó que ya no podría buscar tesoros, así que yo le dije que le regalaría la mía. Fue la primera vez que me abrazó y me dio un beso en la mejilla, ella nunca lo hacía. Siempre

me conformé con su sonrisa, pero después de aquel día supe que siempre íbamos a estar juntos.

—¿De qué habláis? —preguntó algo inquieta.

—De la infancia —la mirada de Carlos hacia ella me resultó algo compasiva.

—¿Algún recuerdo bonito? —sonrió melancólica—. Es bonito recordar la infancia —su tristeza me quemaba en el pecho.

—No, en mi caso no, hay cosas que preferiría no recordar —ella me miró extrañada, cómo iba a decirle que lo único bonito de recordar en mi vida fue ella.

—¿No tienes ningún recuerdo bonito? —dijo Carlos.

—Alguno, sí —sonreí—. La primera vez que una niña me besó en la mejilla, ese fue un bonito recuerdo —ella rio, inocente, no sabía que estaba hablando de ella.

—¿Y ustedes qué recuerdos bonitos tienen?

—Cuando era niña buscaba tesoros... —al decirlo su copa se cayó al suelo, y miró a Carlos sorprendida, él se echó las manos a la boca. ¿Ella recordaba? Me puse tenso por un instante.

—Bueno, casi todos los niños cuando son pequeños buscan tesoros —dije sin darle importancia.

Si ella llegaba a recordar, estaría metiéndome en un buen lío, pero si en todos estos años no lo había conseguido, ¿por qué iba a recuperar la memoria ahora? Estaba jugando con fuego, pero por ella valía la pena quemarme.

